

# PILAR EYRE MI COLOR FAVORITO ES VERTE



FINALISTA PREMIO PLANETA 2014

AE  
& I  


Pilar Eyre



Mi color favorito es verte

*Finalista Premio Planeta*

*2014*

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Pilar Eyre, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

En esta novela se citan las siguientes canciones:

*Postal de La Habana*, © Juan Carlos Senante / Francisco José López Varona /

Joaquín Ramón Martínez Sabina

*Quelqu'n m'a dit*, © Carax Leos

*Formidable*, © Stromae

*La vie en rose*, © Louis Guillaume Guglielmi / Edith Giovanna Gassion

*Sóñar contigo*, © Javier Laguna / Toni Zenet / Pájaro Suárez / Javier Viana

*La cucaracha*, © Aurelio Varela Díaz / Manuel Martínez Faixa / Eulogio Llانةza

*Pregúntale a las estrellas*, © Habanera popular anónima

*Mi casita de papel*, © Francisco Codoñer Pascual / Mercedes Belenguer Machancoses

*Pedro Navaja*, © Rubén Blades

*Clavelitos*, © Genaro Monreal Lacosta / Federico Galindo Llado

*Si je chante*, © Bill Anderson / Jerry Crutchfield

*El manisero*, © Moisés Simons

*Aquí me tienes*, © Javier Labandón Pérez

*El último adiós*, © Fabio Alonso Salgado

*Bambolero*, © Tonino Antoine Baliardo / Jahloul Bouchikhi / Simon Diaz /

Nicolás Reyes

Primera edición: noviembre de 2014

Depósito legal: B. 23.526-2014

ISBN 978-84-08-13406-0

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Todo lo que voy a contar empezó el último agosto. Era noche cerrada, el mar besaba con lengua suave la orilla de la playa y, aunque hacía calor, los hombres llevaban ya los jerséis a la espalda con las mangas anudadas alrededor del cuello como en una postal descolorida de la Costa Brava de los años cincuenta. Santi me alargó una de las mangas vacías, aflautó la voz y me dijo

—Encantado, encantado.

Y así, mientras estrechaba un trozo de tela, riendo como una imbécil, vi por primera vez a Sébastien.

El camarero acompañaba a un hombre muy alto y a una niña casi adolescente, sorteando las mesas desocupadas del restaurante Gitano, hasta colocarlos finalmente a nuestro lado, con un incesante parloteo que no recibía ninguna respuesta:

—Ah, ¿prefieren aquí? Quizás les entre un poco de aire, hoy sopla levante, les voy a cerrar la ventana... ¿Su hija tomará un aperitivo?

El hombre alto me llamó la atención por dos cosas. Miento, por tres. Era muy guapo. Se parecía increíblemente a mi marido, muerto hacía siete años. Y me miraba fijamente, profundamente, caminaba y me miraba, apartaba la silla y me miraba, se sentaba y me miraba, cogía la enorme carta con sus enormes manos y me miraba.

Mi amiga Camila, a mi lado, me susurró:

—Es un fan.

Lo dijo despectivamente. Camila es hermosa a la manera de las divas de cine negro, pero sobre todo es una autora de culto. Está propuesta para el Nobel, los otros escritores siempre la citan como uno de sus referentes, da conferencias en Estocolmo, la invitan a congresos latinoamericanos, es íntima amiga de Vargas Llosa y de Juan Goytisolo, que le escriben los prólogos de sus libros..., pero no vende mucho. Yo soy una escritora de segundo orden porque el periodismo ha consumido los mejores años de mi vida y me ha chupado mi energía y mi creatividad, escribo libros sobre reyes y reinas antiguos, novelas históricas en las que los protagonistas tienen vida sexual y las mujeres siempre sufren mucho por culpa de sus maridos, tengo en uno de los periódicos de mayor tirada una columna muy popular y salgo en televisión. Como considero que los libros son productos que se deben promocionar como si fueran lavadoras, bailo si es necesario abrazada al presentador que me entrevista, comparto plató con una aventurera que antes de irse me concede la gracia de decir «le he regalado tu libro a mi abuela y le ha gustado mucho», doy conferencias sobre mis novelas por pueblos y ciudades en las que imito voces y me visto como para una función de gala en la ópera, monto polémicas en programas de debate en las que llamo machista a mi oponente, y en consecuencia, vendo.

Bueno, vendía, para ser sinceros.

Vendía mucho, muchísimo. Tanto que con los royalties de mi antepenúltimo libro me he comprado una casa en Llafranc con un inmenso jardín con pinos, rosales y hasta pérgola, a la que he llamado, cómo no, La Reina Virgen.

En consecuencia, también soy famosa, me piden autógrafos por la calle, no suelo ir a lugares públicos multitudinarios para que no me fotografien con los móviles y por eso el hombre alto me miraba. Casi podía predecir su siguiente movimiento:

—Mi hija, ¿se puede hacer una foto contigo? Es para mi joven y bellísima esposa, que no ha podido venir porque se ha quedado en casa cuidando de nuestros trillizos, producto de nuestra inagotable actividad conyugal, ¡es una admiradora tuya! Yo no veo la televisión ni puedo leer tus libros porque estoy demasiado ocupado construyendo caminos, canales y puentes y porque además no soy marica.

El hombre alto comía, pero ni aun así apartaba sus ojos llameantes de mí. Se llevaba el tenedor a la boca mirándome, dejaba la servilleta a un lado mirándome. Tenía anudado al cuello una especie de pañuelo palestino, que se quitó con un gesto desdeñoso, y me miraba como si fuera el primer movimiento hasta quedarse desnudo. La niña, al fin, se giró para observarme también con curiosidad, sin entender el porqué de esa atención. Frunció el ceño con extrañeza. Después apartó los ojos de mí y los dirigió sobre su padre con aire admonitorio.

A ver, entendámonos. No soy ningún monstruo. Soy alta, delgada, ciertas especialidades médicas han conseguido que no tenga arrugas, hago gimnasia y me gasto mucho dinero en ropa. Pero sé que no soy Scarlett Johanson (antes decía Michelle Pfeiffer, pero he tenido que actualizar la comparativa porque nadie la recuerda ya). Y además tengo cincuenta y siete años. Ligo, ¡demonios si ligo! Desde que murió mi marido he aprendido posturas acrobáticas que ni siquiera sabía que existían y he conocido a todo tipo de hombres, algún empresario de paso por

Barcelona, compañeros casados con demasiado alcohol en las venas, un médico bastante conocido y guapo pero impotente, y alguno que ni siquiera recuerdo, consecuencia de una noche loca. ¡Ese era el material con el que solía alternar! Pero una pieza como ese hombre alto nunca había caído en mis redes, ay ese hombre alto:

—Pilar, Pilar, ¿estás distraída?

Santi chasqueaba los dedos delante de mis ojos. Fue ministro con Felipe González hasta que una angina de pecho lo retiró de la política, y ahora lleva marcapasos y le disgusta que sus amigos olviden que ha sido una de las personas que más han mandado en España. Se estaba enfadando.

Me sacudí como si saliera de un sueño:

—No, por qué... —Tendí mi vaso al camarero—. Un poco más de vino.

Con ademán expresivo, el hombre le dio la vuelta a la botella, de la que no salió ni una gota, y entonces pedí:

—Traiga otra, por favor, sí, la misma...

Mis compañeros de mesa me miraron con inquietud. Todos eran ricos, más que yo, sobre todo Camila, pero a todos los atenazaba el miedo a tener que pagar una segunda botella que casi con seguridad me iba a beber yo entera. Y entonces dije:

—No, mejor tráigame un vodka-tonic.

El camarero me lanzó su inevitable retahíla de nombres:

—Absolut, Smirnoff, Grey Goose, Citadelle, Belenkaya...

No quise demostrar que tenía una marca preferida para no quedar como una borracha e hice un gesto con la mano:

—No sé, cualquiera —fingí dudar—. ¿Grey Goose?

Camila lanzó una risotada, y el segundo hombre que nos acompañaba, un «textilero» de Sabadell llamado Martín, viudo también, me dijo:

—¿Vodka- tonic con calamares, Pilar? Oh, esta gente de la tele, qué extravagante...

Porque para ellos yo no soy escritora, sino «famosa de la tele». Se han comprado todos mis libros para que se los dedique, pero no creo que hayan leído ninguno, al menos jamás me han comentado nada aparte del consabido «¡Qué gordo es!».

Hacía dos minutos que no miraba al hombre alto. Cuando me trajeron la bebida, levanté la copa, le eché un vistazo y seguí viendo sus ojos ardientes, sensuales, clavados en mí.

Me estremecí y sentí esa familiar bola de mercurio en el pecho que baja hasta el vientre y más abajo dejando un rastro de carbones encendidos, lo que sirve para demostrarme a mí misma que sigo viva. E hice lo que más odio del mundo. Brindar en su dirección, como si estuviera viviendo en una comedia de Arturo Fernández. Sin sonreír, el hombre alto levantó su copa y brindó conmigo. Bebimos al unísono; mis tres compañeros de mesa fingían hablar entre ellos del conflicto de Siria, pero no dejaban de prestarme atención. Se oía el ruido de cubiertos caros, tintineo de copas, el viento arreció y golpeó una puerta, pero el hombre alto y yo estábamos solos. Se arrastraban los minutos en la noche húmeda y pegajosa... Al final, me decidí. Me levanté trastabillando un poco camino del lavabo, me acerqué a su mesa y dije:

—Hola, buenas noches.

Me dirigí a la niña, que, al ser mujer, pequeña porción de mujer pero mujer al fin, merecía la cortesía de ser mi

interlocutora. Ella me miró sin contestarme y por un absurdo momento pensé que nos separaban unos cristales dobles que impedían la comunicación. Después se giró de forma interrogativa hacia su padre, que hizo un amago de levantarse, pero también permaneció en silencio. Carraspeé desconcertada; quizás el hombre se había quedado tan apabullado por mi presencia que no podía articular palabra, ¡tal vez padre e hija eran sordomudos! Pero, ya puestos, tuve que seguir despeñándome cuesta abajo con los ojos de mis amigos en la nuca como si fueran disparos:

—¿Es la primera vez que venís aquí?

Vale, reconozco que no es una frase original, ni siquiera ingeniosa, pero tal como estaba, semiagachada, sosteniendo el bolso en la axila, con una fila de camareros ociosos apoyados en la barra observándome, con José María, el dueño del local, detenido en el momento en que cobraba una factura, fue lo único que se me ocurrió. Ahora sí que los ojos del hombre parpadearon levemente, y se despegaron al fin de mí para mirar alrededor, pero después volvieron a mirarme con fijeza hipnótica, cayeron los párpados con pesadez y después se abrieron, verde deslumbrante en el que querría hundirme, y oí su voz por primera vez, esa voz:

—*Désolé... Je ne parle pas l'espagnol...*

Me di tal susto que me incorporé de golpe. ¡El hombre alto era francés! ¡No me conocía! ¡Me miraba porque le gustaba! El aire se llenó de música de violines, las gaviotas cantaron un aria, en mi pecho se desató una llamarada avasalladora y tuve ganas de girarme hacia mi amiga Camilla y hacerle lo que en el resto de España se llama un corte de mangas y por estos pagos «una butifarra». Pero conseguí contenerme, me acordé a tiempo que reír no nos favorece a las mujeres mayores, y me lancé a una retahíla de

frases inconexas en la lengua de Molière, como si me hubieran metido una moneda por una ranura y fuera una vieja *jukebox* largando disco tras disco:

—Ah, claro, franceses; hay muchos por aquí, sobre todo en este tiempo. ¿De dónde sois? ¿Cómo os llamáis? ¿Estáis alojados aquí en el hotel Llafranc? ¿Cuándo habéis llegado? ¡Qué buen tiempo tenemos! —Y otra vez—: ¿Cómo os llamáis?

Sonrieron ambos ante mi vehemencia, fueron a hablar a la vez, y al fin el hombre impuso su autoridad solo con una mirada a su hija, que bajó sus ojos de adulta hasta el plato, y me informó:

—Ella es Amandine... y mi nombre es Sébastien.

¡Sébastien!

Dijo Sébastien, y el mundo no se conmovió y siguió su marcha dando vueltas y vueltas alrededor del sol, como si nada hubiera ocurrido, pero una onda de fuego me recorrió de arriba abajo. Desde ese momento llevo este nombre cincelado en el cerebro. Cuando pienso en las cadencias de cada sílaba, y ese «tien» final, que podría ser «tian» pero no llega a serlo, esa ene larga, prolongada hasta el infinito, tan fuerte como un puñetazo en el estómago, tan suave como la pisada de un niño, tengo que parar de escribir, los dedos se quedan en alto, respiro hondo como si fuera a perder el sentido y hundo la cabeza en las manos preguntándome por qué.

¿Por qué tuvo que pasar todo? ¿Por qué?

Las pequeñas piedras que recojo en la playa y que en invierno pongo como amuletos al lado de mi ordenador parece que se ríen de mí. ¡Todo fue tan brutal y jodido! Cojo una y le paso la lengua, está salada, tersa y fría como el hombro de Sébastien.

Pero aquel día tan solo esboqué una pequeña reverencia, como si estuviera en uno de esos bailes de la corte que salen incesantemente en mis libros, y me presenté:

—Yo me llamo Pilar. —Y proseguí a tontas y a locas—. Pilar, ya sabéis, un *pilier*, un pilar... En Francia no existe el nombre..., *une colonne*, una columna...

Hice un gesto enfrentando las palmas de las manos en paralelo arriba y abajo varias veces, y cómo nuestra relación pudo superar esta hemorragia de majaderías, esta eyaculación de palabras estúpidas e ir más allá, todavía ahora, y mira que le he dado vueltas, no puedo explicármelo. Amandine me miraba con sorna y parecía veinte años mayor que yo, en sentido metafórico, claro está, porque yo en esos momentos me veía a mí misma como una vieja excéntrica haciendo el idiota y molestando al personal. ¡Quizás acabarían por echarme! Ya veía los titulares: «Famosa escritora de segundo orden obligada a marcharse de un restaurante por incomodar a los clientes». Aunque resultaría más llamativo (no olvidemos que soy periodista) presentar los hechos de esta manera: «Nuevo varapalo para la casa real. ¡La bisnieta de un grande de España en la calle!». No hace falta detallar que mi pobre bisabuelo, que lleva casi un siglo bajo tierra, ostentó fugazmente un marquesado adquirido en algún cambalache no muy honorable que no conllevaba grandeza de España, ¡pero para qué arruinar un buen titular con algo tan sin importancia como la verdad!

Sébastien cabeceó con una sonrisa contenida y repitió como si lo paladease:

—Pilar, interesante...

Se instaló entre nosotros un largo silencio, solo interrumpido por el rumor de las olas, y me dije o ahora o nun-

ca. Proseguí haciendo un leve gesto a mi espalda señalando a mis amigos, a los que adivinaba pendientes de la conversación:

—Cuando terminéis de cenar, ¿queréis tomar una copa con nosotros?

Amandine fue a decir algo, pero el padre le apuntó con el índice haciéndola callar y me explicó:

—Muy bien..., la dejo en el hotel, aquí al lado, y regreso.

Me hubiera puesto a bailar una sardana, y una muñeira también haciendo honor a mi sangre gallega en un cincuenta por ciento, pero en lugar de eso pregunté comedidamente señalando el hotel vecino, famoso porque en él se había alojado el humorista británico Tom Sharpe:

—¡O sea que estáis en el hotel Llevant!

Un inciso. Espero que en el futuro el Gitano, que es el restaurante donde ocurrían estos hechos que estoy narrando, también resulte mundialmente conocido por ser el lugar donde voy a cenar casi todas las noches, sirva esto como advertencia a José María, cierro paréntesis.

El hombre francés asintió y me miró expectante; la hija, algo enfurruñada, hizo ruido con el plato para demostrarme que la conversación se había terminado, pero, como los malos actores que se resisten a abandonar el escenario, aún metí una frase de diálogo totalmente innecesaria:

—¿De dónde sois?

Y el hombre, después de una vacilación imperceptible, me dijo:

—De Montpellier.

Me fui al lavabo volando a medio metro del suelo.

Si anoto esta conversación con tanto detalle fue por-

que más tarde cobró su importancia. Al estar la hija delante, deduje cuando llegó el momento de hacerlo que todo lo que se me dijo era verdad. Estas sencillas frases fueron las únicas certezas en las que me basé para tratar de desenmarañar el gran misterio que iba a cambiarme la vida. Pero no adelantemos acontecimientos.

En el cuarto de baño contemplé mi rostro de cincuenta y ocho años. Antes ya he dicho que tengo cincuenta y siete. Bueno, vale, son cincuenta y nueve, pero a quién le importa. Acerqué mi cara al espejo. Coloqué las manos a ambos lados de la mandíbula y estiré, después me chupé las mejillas y puse morritos que abrí y cerré como un pez o un pollito:

—Piu, piu.

Sonreí para que me desaparecieran las arrugas del contorno de la boca:

—¡Gioconda!

Me tapé un ojo con el pelo:

—¡Veronica Lake!

Cerré los ojos y tanteé el mármol como si tocara el piano:

—¡Ray Charles!

Bailo al ritmo del *What'd I say, totororo totorororó...* Saco mis pinturas de guerra del bolso: repaso de la raya del ojo, un poco de colorete y brillo en los labios. Más colorete. Más brillo, más raya en el ojo. Quito colorete. Me ahueco la melena, *tell your mama, tell your pa...*, me recoloco el sostén, meto barriga, me levanto el pantalón por detrás para que se me vea el culo respingón, salgo después de una última ojeada de perfil, ah, no, me he olvidado de hacer pipí, entro, salgo, pongo colorete, *tell me what'd I say, yeah...*, subo las escaleras y paso por delante de padre e hija, que hablan en un educado murmullo muy distinto del griterío

que impera en mi mesa porque mis amigos se dedican ya a las bebidas fuertes. Me siento y le digo a Camila por un lado de la boca sin mirarla:

—Se llama Sébastien y es francés, de Montpellier. ¡No tiene idea de quién soy!

Ya no miro si mira y el corazón me va a cien por hora, desbocado como un tren de mercancías sin control. ¡Cómo está tardando esa maldita niña en terminar su cena, Dios! Pero pronto me arrepiento de este exabrupto, esa maldita niña quizás algún día será mi hijastra... Porque yo tengo secretos inconfesables: además de ciertas visitas de las que hablaré luego, ¡soy adivina autodidacta! ¡Tengo pensamientos premonitorios! ¡Por algo me he hecho escritora! Porque yo conozco a un hombre, en el sentido de hola qué tal, y ya me imagino yendo al altar con él, viviendo junto a él, envejeciendo juntos, preparando juntos esas cenas que suelo ofrecer en mi casa en las que las amigas con un marido colgando del brazo me dicen: «¿todavía sola?, ¿pero en qué piensan los hombres de este país?», acompañándome a la fiesta del Premio Planeta, cambiando las bombillas del porche, abrochándome los collares por detrás y echándome unos polvos que tiembla el misterio, así me lo imagino.

En estos sueños de futuro mi hijo desaparece, como si Stalin personalmente se hubiera encargado de borrarlo como hizo con Trotski en todas las fotos de la revolución bolchevique. Donde estaba antes mi hijo hay ahora una mancha opaca, porque además de quererlo por encima de todas las cosas, tengo tanto respeto por él (alguien diría que más que respeto, puro miedo) que no puedo involucrarlo en mis locuras, aunque sean meramente imaginarias. Me resulta imposible. A veces, a pesar de todo, consigue colarse

e interfiere en mis fantasías con las piernas separadas, brazos cruzados y expresión severa, ¡no necesita ni hablar! Y todo se desvanece entonces con un sonido de ¡plof! igualito al que hacen los globos cuando explotan, y nos quedamos él y yo solos frente a frente y yo disimulo:

—Oh, qué tarde, querido hijo, me voy a poner a escribir, que tengo que terminar la columna.

No lo engañe. Mueve la cabeza con paciencia franciscana y levanta los ojos al cielo preguntándole a su padre por qué le ha dejado esta obligación tan onerosa.

Él podría parafrasear a Luis Cernuda quejándose de que «de todas las cargas que el Señor puso sobre mí, la más pesada es la de ser hijo de mi madre». Claro que nunca dirá tal cosa, porque, a pesar de sus veinticinco años, es un empresario pragmático, escéptico y frío que no cree en Dios y no tiene ni idea de quién es Luis Cernuda porque lo único que lee son libros de economía e informática en inglés.

Pero mi hijo estaba en la lejana Barcelona sacando adelante su empresa de internet, y los pies se me iban debajo de la mesa siguiendo ahora una melodía que Joaquín Sabina había compuesto solamente para mí:

*Y antes de morirme quiero  
vivir la vida un poquito.*

Porque el hombre alto ya tenía nombre y se llamaba Sébastien. Al fin se levantó, mejor dicho, se desplegó por tandas, y Amandine se volvió con esa gracia alada de las adolescentes francesas y me dijo adiós con la mano (era esbelta como una bailarina, el sol la había quemado tanto que llevaba la piel embadurnada de crema y los ojos hin-

chados, y en Llafranc no la vería nunca más). Sébastien me dirigió una mirada en la que leí un mundo más allá de los libros, y siguió a su hija hasta la puerta. Salieron. Camila me dijo:

—Ese no vuelve. —Soltó una risa de las suyas—. Habrá dicho ¡vaya mesas de viejos! ¡Pero si debe de tener cuarenta y pico años!

Miré fijamente el mantel dudando si podía cogerlo tirando copas y platos y estrangularla con él. ¡No creo que por este nimio detalle José María dejase de poner la placa con mi nombre en la puerta! También quizás sería efectivo el cuchillo de postre bastante afilado, ¡o podría romperle simplemente la botella de vino vacía en la cabeza! Ya alargaba la mano hacia la cubitera cuando sonó mi móvil, y la melodía a cargo de U2 le salvó la vida a Camila, aunque ella en ese momento no se diera cuenta.

No suelo contestar a esas horas de la noche, pero vi que era mi editor y no tuve más remedio que ponerme:

—Hombre, Ricardo, ¿qué tal?

—¿Te molesto?

Podría haberle dicho la noche está estrellada y tiritan azules los astros a lo lejos, y también, sí, me molestas y mucho. Pero contesté:

—Claro que no, me encanta oírte, espera que salgo fuera.

Ricardo es mi editor desde hace veinte años y lo conozco desde que estudiamos juntos Filosofía y Letras, aunque lo de estudiar es exagerar un poco, porque consumimos nuestro tiempo en manifestaciones, asambleas y reuniones de un partido llamado Bandera Roja que, como nuestras convicciones de que el comunismo era la salvación, ha sido barrido por el viento de la historia. Desde que me

anudé a la editorial de su propiedad con un contrato de un libro al año, me até al cuello una cadena de por vida. Yo he reflotado una empresa en crisis y él me ha convertido en escritora, pero año tras año, con un ritmo de producción infernal, tengo que dar a luz un libro. Como una máquina de elaborar embutidos, produzco salchicha tras salchicha con una pulcritud y docilidad que es el asombro de todos mis colegas, que solo escriben cuando la inspiración llama a su puerta.

Me preguntan con altivez algo burlona en esas mesas redondas a las que vamos a emborracharnos y comer de gorra:

—¿Otro libro?

Y yo contesto avergonzada:

—Sí, otro.

Me levanto todos los días a las siete de la mañana, escribo hasta mediodía, y después de nuevo por la tarde hasta la hora de cenar. A veces, cuando tengo que buscar algún dato que se me atraviesa y que puede ser simplemente el nombre del trovador favorito de la reina, me pongo a rastrear por internet hasta la madrugada, y cuando lo encuentro (Aramís de Galindo), me siento como el aventurero que descubre su primera pepita de oro. Y me duermo abrazada a mi pepita con tal satisfacción que un rastro de baba humedece mi almohada.

Pero ahora estábamos en ese pequeño período de descanso que me concedo entre libro y libro. Apenas un mes en el que tomo vodka-tonic, alterno con amigos de carne y hueso y no fantasmas que vivieron hace quinientos años y que hoy están inmortalizados en mármol, y el polvo y los pelos de mi perro *Fender* se acumulan sobre el teclado de mi ordenador, al que solo acudo una vez a la semana para

escribir una apresurada crónica veraniega para mi periódico sobre la gastronomía local o Naty Abascal en topless.

—¿Qué hay de nuevo, Ricardo?

Mi hombre en Barcelona carraspea y al final me suelta:

—Aparte de que en Siria acaban de morir 50.000 personas por culpa del imperialismo y el fanatismo religioso, Pilar, tengo que darte otra mala noticia. —Aspiró fuerte—. Ya las recibirás por correo, las liquidaciones, digo, pero verás la caída brutal de ventas, de todo el sector, eh, no solo de tus libros... Pero que este año no te esperes grandes alegrías, nos han devuelto paquetes enteros sin abrir...

Mientras hablo, recorro el paseo iluminado por la luz blanca de las farolas tratando de no tocar con mis sandalias de lentejuelas azules las uniones de los ladrillos de forma romboidal. Y me visualizo bajando ventas y convirtiéndome en una escritora minoritaria como Camila, pero a mí no me cantarán los Vargas Llosa ni los Goytisolo, mis libros terminarán siendo destruidos por no haber en los exiguos almacenes de la editorial y solo me encontraré algún ejemplar antiguo descolorido por el sol en el kiosco de una de esas estaciones de tren por las que nunca pasa nadie.

Me siento en el murete sobre la playa. La luna casi llena riela en el mar y el faro de las islas Formigues parpadea como si algún amigo me guiñara un ojo desde el horizonte. Hay estrellas y el cielo no es negro, sino azul marino. Ricardo me está gritando con impaciencia:

—Pilar, Pilar, coño, ¿estás ahí?

Intento tomármelo en serio, aunque el mundo se empeña en ser hermoso y las sirenas me canten al oído.

No vendo, ruina, devolver la casa, vestir de H&M.

Contesto:

—Claro, es que me has dejado sin palabras, qué quieres decir exactamente.

Una barca de pescadores, la única, deja un colorido rastro de aceitoso fueloil, y de vez en cuando un pez salta en un chispazo fosforescente, tan rápido que parece imaginado.

La voz de mi editor se levanta histéricamente en la noche:

—Que no se vende nada, coño, y tus libros tampoco... Fin de ciclo, Pilar, las novelas históricas ya no interesan una mierda.

Se me cierra la garganta como si una mano me apretara, la voz me surge quejumbrosa cual pordiosero doliente:

—Pero, cómo, qué me dices, si ahora teníamos preparada la vida de Isabel de Valois, los trovadores, el maltrato de su marido homosexual en el fondo...

Un perro suelto de raza fox terrier como el *Milú* de Tintín viene a olerme los pies, pero se va asustado con las orejas gachas cuando oye los rugidos que salen de mi móvil:

—Con Isabel de Valois me limpio el culo, con los trovadores me limpio el culo, con tus libros me limpio el culo...

Protesto mientras trato de alcanzar al perro con el pie para acariciarlo, pero él teme una patada y se aparta temerosamente, ¿estará abandonado?

—Pero, Ricardo, ya tengo todos los libros que existen sobre el siglo XVI, los palacios, los cinturones de castidad, las doncellas promiscuas... Pensaba introducir un elemento fantástico en forma de dragón que habla andaluz y es muy gracioso...

Ricardo da un gran suspiro y barre todo con la gran escoba del desprecio:

—Eso es una mierda ya, Pilar, una mierda pasada de moda... ¡Antigua, apolillada y rancia! Todas las mujeres que compraban tus libros o han muerto o tienen Alzheimer; cambia de registro, monada, yo solo te digo eso, cambia de registro o...

Un chico joven viene a buscar el fox terrier, lo coge en brazos y me mira con sospecha temiendo tal vez que quiera robarlo. Lo que me faltaba, la escritora fracasada y robaperros. El animalucho hunde su morro en el cuello del muchacho y solo le falta acusarme con la pata.

—O qué, Ricardo.

Me separo el teléfono de la oreja temiéndome lo peor, pero mi editor se limita a suspirar y a decirme en tono tan suave que me entra un escalofrío:

—O nos vamos los dos a freír espárragos... En vez de estar todo el día con el chocho al aire, piensa nuevos argumentos... —Y como presa de inspiración, me dice con voz animada—. ¿Por qué no escribes una novela nórdica de misterio?

—¿Nórdica que pase en los países escandinavos, quieres decir?

—Sí. —Mi editor es como un crío, se anima con una piruleta—. Un hombre que odie a las mujeres, un periodista y una chica con *piercings*..., mucho café, frío, asesinatos rituales...

—Es que eso ya está escrito, Ricardo, se llama *Los hombres que no amaban a las mujeres*... El autor es Stieg Larsson...

Sé que mi editor está cogiendo papel y lápiz para apuntar:

—A ver, repite, Larsson... Hablaré con él por el tema de los derechos...

Ricardo no lee nada, ni mis libros. Suspiro con cansancio:

—Está muerto. Larsson está muerto.

Su voz vuelve a levantarse ahora en un trémolo victimista:

—Joder, tía, a todo le pones pegas. Vale, está muerto —vuelve a maldecir—, pero yo solo te digo, Pilar, que si esto sigue así los que vamos a estar muertos somos nosotros, yo cierro la editorial y nos vamos los dos a la mierda. Salud, diviértete.

Cuelga el teléfono; claro que esta expresión no corresponde a la época actual a menos que se te ocurra ahorcar el móvil en la rama de un árbol. Con este pensamiento tan tristemente jocoso vuelvo a entrar en el restaurante. Camilla se apresura a preguntarme, con un atisbo de esperanza en la voz:

—Era tu editor, ¿no? ¿Qué? ¿Malas noticias?

Descarto la conversación con un ademán, porque yo tengo una cualidad, que también podría tomarse como un defecto. Cuando hay unos pantalones a la vista, todo lo demás empalidece. Una vez, hace tiempo, sorprendí a mi abuela hablando con mi madre, y le decía con cierta congoja: «Pilarita es buena niña pero ¡está loca por los hombres!». ¡Y yo solo tenía ocho años!

Porque de repente se borró mi editor de mi mente, el banco podía quedarse con mi casa, y si me amputaban las manos o las novelas históricas se convertían en papel de váter, si el mundo se desmoronaba y nos acechaba una nueva glaciación, si me comunicaban de repente que me habían concedido el Nobel, el Bombín de San Isidro y el lazo de Isabel la Católica a la vez, yo diría con impaciencia: «sí, vale, vale», y me incorporaría en la silla tiritando por dentro porque ahí en la puerta estaba el hombre alto. Seguía el viento y él se pasaba la mano enorme, con los cinco

largos dedos abiertos como un abanico, sobre la frente, el inicio del pelo, y seguía hasta la nuca, inclinaba la cabeza como si fuera a embestir y los ojos le centelleaban fogosos y aventureros sin dejar de mirarme bajo sus cejas triangulares y aterciopeladas. Sébastien.